

Domingo 19 de Enero de 1840.

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Salé jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses, un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada ó grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente gratis.

Se suscriben 8 rs mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

RUBINI.

Rubini ocupa sin contradicción el primer lugar entre los cantores de nuestra época.

Este célebre cantor nació en 1795 en Romano, pequeño pueblo situado á pocas leguas de Bérgamo. En 1812 era corista del teatro de este pueblo. Como nuestro ánimo no es hacer un artículo biográfico, no seguiremos á Rubini en las diversas fases que ha experimentado hasta llegar á adquirirse la brillante reputación de que goza en el día, sino que pasaremos á examinarlo en este estado.

Su voz es de tenor en toda la extensión de la palabra. La escala que recorre es de dos octavas y una nota; esto en cuanto á su extensión ordinaria porque se le ha visto en *Roberto de Evereux* llegar hasta el sol.

En cuanto á la extensión y fuerza de su voz jamás se manifiesta menos vigorosa de lo que la expresión dramática parece exigir de un cantor; pero esta voz, por grande que sea no hiere jamás el oído. Su voz se halla como envuelta en una gasa ligera que sin estorbar sus más rápidas emisiones, dulcifica las asperezas, inseparables casi siempre de una vibración energética. De aquí esa dulzura y ese encanto indecible que se esparcen en torno del cantor cuando hace resonar acentos de dolor ó de ternura. La voz de Rubini derrama lágrimas.

No hay duda que la naturaleza es quien le ha dotado de estas cualidades, pero no se puede negar que el arte las ha perfeccionado en extremo. Uno de los prodigios del arte consiste en que hallándose dotado de pulmones de mucha extensión y que aspiran una gran cantidad de aire, mide su respiración con tal destreza que solo emplea el aliento que es necesario para producir los sonidos proporcionados al valor de las notas. Su manera de aspirar es también uno de los secretos del arte. Disimula con tal destreza el artificio de la respiración que en las frases más largas no se nota el momento en que toma aliento.

No existe cantor cuya garganta sea más ágil, más ligera, ni más flexible que la de Rubini. Ella se presta á los caprichos más imprevistos y más arduos de la composición. No hay gorgoros, falsetes y demás modulaciones que no pueda hacer y que no desempeñe con la mayor perfección.

Su voz desafía á los instrumentos más rápidos, y no obstante sabe ser sobrio de adornos y los usa con una sabia medida. Rubini, es tal vez el primero que con la inmensa facilidad de ejecución cuyo efecto es siempre seguro, ha reconocido que los adornos más admirables no pueden estar en armonía con las situaciones apasionadas. Rubini es el cantor más brillante y expresivo que ha aparecido en la escena.

En algunas ocasiones se entrega á toda suerte de gorgoros como los italianos. En el famoso dúo de *Moisés* que canta con Tamburini, sofoca por decirlo así con un torrente de gorgoros y adornos el pensamiento músico y la situación dramática, pero esto solo es una concesión de parte de Rubini á la parte poco inteligente del

público, que cuida poco de la verdad con tal que se le recree con dificultades de un gusto equivoco.

Se acusa á Rubini de estremada frialdad como actor, pero es un error fácil de destruir. La inmovilidad de que se le moteja es una consecuencia necesaria de su modo de cantar. Vease á Rubini en sus famosos *adagios*, cuando inmóvil y con la cabeza inclinada hacia atrás para dar más ancho paso al sonido, hace resonar su voz armoniosa y limpia que conmueve tan profundamente. El más ligero movimiento haría ondular esta voz y le quitaría aquella igualdad y finura cuyo encanto es indefinible. Así es como flota su voz, así es como hace llorar al público.

Rubini no es solo un cantor sublime. Para poder concebir una idea de su número escénico y de la verdad de sus movimientos, es preciso verle en las escenas de desesperación y de cólera, en las situaciones dramáticas, en las cuales lanza la nota como un rayo. En el final del *Otello* y en la maldición de *Lucia* no se sabe que admirar más, si al grande actor ó al cantor inimitable.

Tales son las diversas fases con que se presenta este bello artista. La naturaleza y el arte se han reunido en él para hacer un verdadero fenómeno. Su voz es fuerte, dulce, proporcionada é igual. Su método es perfecto porque se halla fundado en la verdad y en el gusto más esquisito. Rubini ha perfeccionado la ciencia del canto; el arte le es deudor de ciertas innovaciones porque se han enriquecido todos los métodos. Solo citaremos una, Rubini es el primero que ha introducido en el canto esas aspiraciones vigorosas que consisten en prolongar un sonido sobre la misma nota antes de la resolución de la cadencia. Este sacudimiento dado á la voz, esta especie de sollozo musical, produce siempre un maravilloso efecto y en la actualidad no hay cantor que no procure imitarlo.

No obstante, como no existe nada en el mundo enteramente perfecto, Rubini paga su tributo á la naturaleza humana. Manifiesta demasiada negligencia en el modo de frasear los recitados, y en los trozos, duos y tercetos de unión de voces, no se molesta en cantar. Tal vez debe Rubini á estos artificios la conservación tan completa de su órgano, tan vigoroso en el día como en su juventud, pero también no es menos cierto que por esta expresiva pereza puede comprometer los pensamientos dramáticos del compositor y paralizar los esfuerzos de sus compañeros.

Nada hemos dicho del carácter de Rubini, porque nuestro objeto ha sido únicamente ocuparnos del artista, pero no podremos terminar este rápido bosquejo sin rendir homenaje á sus sentimientos generosos, á la sencillez de sus costumbres y á la bondad de su corazón. Todos sus compañeros y cuantos le han tratado, pueden testificar acerca de las elevadas cualidades que le adornan como artista y como particular.

Fantasmas antiguos y modernos.

Hubo un tiempo en que, según me contaba mi abuela,

existían en el mundo vampiros que chupaban la sangre a todo bicho viviente, espectros que se aparecían de noche a los caminantes extraviados, sombras que cruzaban de una calle a otra a la luz de la luna, brujas que volaban por los tejados montadas en palos de escoba, duendes que fregaban los platos a las criadas, y en castigo de haberse acostado les daban sendas zurras que era una compasión: y había demonios incubos y demonios sucubos, y visiones, y trasgos, y fantasmas, y.... que se yo! Tantos y tan extravagantes eran los nombres de esos seres que mi abuela me refirió, que me ha sido imposible conservarlos en la memoria. Yo oía todos estos cuentos con la boca abierta, y me los echaba al colete como si fueran el evangelio. Es verdad que el gusto de oírlos solía costarme bastante caro, porque apenas había noche en que no pasase mis sustos soñando con lo que había oído.

Una bella moza llamada *Ilustración* vino después de la muerte de mi abuela a desterrar de mi mente y de la de casi todos los que nacieron en los días que yo, todas esas vejeces de encantadores, hadas, vestiglos, ensabanados y demás supersticiones como ella los llama. Yo le hubiera dado las gracias por tan insigne beneficio si a los fantasmas que hizo desaparecer no hubiera sustituido otros de tan mala ó peor catadura que aquellos. Fantasmas por fantasmas; menos me disgustan los que deben el ser a la ignorancia, que los que crea la pícara ilustración. Algo tendrán aquellos de bueno cuando no hay poeta en la actualidad que deje de atestar sus versos con un sin número de brujas, de magas, de esqueletos, de calaveras, de demonios en cuerpo y alma: pero lo malo es que todas estas creaciones fantásticas se mezclan en las tales composiciones con la duda, con la incredulidad y con otras cosas peores, si peores pueden ser. Y estos son los fantasmas que ha creado la ilustración. Es el caso que el mundo, por mas que se vuelva calvo a puro discurrir y saber, siempre sera poco mas ó menos tan niño como antes; y si no le satisfacen los cuentos de mi abuela, tendrá que recurrir á otros mas ó menos propios de la época, pero al cabo cuentos. ¿Pueblo sin ilusiones? Nones. Cuenta con el retruécaillo.

No ocurre mas por ahora, sino solo decir, que si todo lo perteneciente a la brujería y duendería ha merecido con razón el nombre de cuentos de viejas, lo que le ha sucedido después es un cuento de cuentos que nos revuelve la cabeza, y nos persigue por todas partes, y acibara nuestro sueño, y da al traste con nuestra felicidad. Si esto no es fantasma, venga Dios y véalo. ¿Y qué fantasma! No es cosa la cola que lleva. Bienaventurados los que le desuelen el rabo: bienaventurada la ilustración que acierte á conseguirlo.

MASCARAQUE.

Nueva organización de anuncios.

El anuncio, este hijo de la industria que ostenta sus mil cabezas en la cuarta página de los periódicos, el anuncio yace en una confusión inexplicable. Los ojos no saben á donde dirigirse ni donde fijarse: miran aquí y allá, se cansan, se deslumbran y se cierran sin haber podido hallar lo que buscaban. Entre los anuncios de toda especie se observa una lucha de letras y de títulos, una guerra sin igual de desigualdad y una conflagración de letras capitales. «Miradme», dice esta, que gruesa y que bajita que soy!—Y á mí, dice otra, alta, delgada y suelta.—Mirad replica otra, ved que actitud tan monstruosa he tomado!—Tanto peor para ti, le dice otra, yo soy enanita y microscópica, porque mi objeto ha sido que nadie pudiese leerme, para excitar de este modo la curiosidad, y que todo el mundo pusiese una grande atención para descifrarne.»

De este antagonismo, de esta emulación, resulta que los anuncios se perjudican mutuamente y que la vista apenas puede distinguir algunos en ese vasto Océano de letras donde *apparent rari nantes in gurgite vasto*.

Para remediar este mal, nos ha parecido conveniente imaginar un medio que pusiese orden en tal desorden y que organizase esta confusión; un método que llegase á ser el *fiat lux* de este caos.

El medio puesto en práctica por el diario de Madrid de poner á la cabeza de cada anuncio un geroglífico, símbolo ó figura análoga á su contenido se ha visto ya que es insuficiente por lo fácil de equivocar dichos geroglíficos, bajo pena de lo contrario de emplear mas tiempo en esta materialidad que en la impresion de los anuncios. En efecto, ¿cuantas veces habrá sucedido á nuestros lectores ir á buscar en el diario una nodriza joven y sana y honesta, y hallarse á la cabeza del anuncio una matrona de cincuenta años tuerta y arrellanada en una silla, haciendo gala de sus gruesas pantorrillas? ¿Cuantas al ver un caballo andaluz de buena estampa bajo el título de ventas, habrán devorado el anuncio, y se habrán encontrado con que la venta era de un miserable borrico de yesero?

Visto pues, que el medio puesto en práctica por el *Diario de avisos* es insuficiente para evitar la confusión de los anuncios, por su complicación; y visto que el mal continúa, hemos pensado un remedio á tamaña confusión y nos lisonjamos de haberlo encontrado. Generosos hasta lo sumo con nuestros suscritores, no queremos reservarnos el privilegio exclusivo de esta invención y vamos á comunicarla á nuestros lectores, sin aumentarles por la revelación de este secreto ni un ochavo en la suscripción.

Nuestro método se reduce á crear los anuncios á imagen y semejanza del hombre. Por ejemplo, los diarios se podrían formar dibujando en sus diversas páginas tres retratos de hombre de cuerpo entero. El uno serviría para los anuncios industriales, el otro para los medicinales y el otro para los artísticos.

La cabeza del primero contendría los anuncios relativos á pelucas, visognes, pomadas y grasas de osos, sin perjuicio de todo lo concerniente á sombrerería y gorrería. En los ojos se pondrían los anteojos y demás instrumentos de óptica; los perfumes, esencias y aceytes de olor se apoderarían de las narices; los anuncios de pastelerías, fondas, hosterías, confiterías, cafés, botillerías y demás pertenecientes á comestibles establecerían su palacio en la boca; las navajas de afeitar, piedras para afilarlas, bañadores y jaboncillos, ocuparían la barba; la region del cuello recibiría los pañuelos, corbatas y demás adornos; los anuncios de guantes y confortantes y toda clase de sortijas cubrirían los dedos; los relativos á zapatos, botas, medias y calcetines, los pies, y así sucesivamente.

En cuanto á la distribución de los anuncios medicinales, fácil es de comprender que cada órgano comprendería los remedios que se creen á propósito para curar sus enfermedades. Las panaceas contra las jaquecas y dolores de cabeza ocuparían este lugar; los oculistas serían los tutores y curadores de las pupilas; los remedios contra la sordera, ocuparían los oídos; cada anuncio de dentista cubriría una muela; los remedios contra males de garganta ocuparían este lugar; los que fuesen contra las palpitaciones del corazón, el pecho; y así sucesivamente.

Por este medio se encontraría á primera vista lo que se buscaba y cada uno se dirigiría hacia el objeto que le concerniese.

Pero dirá alguno, como se habían de distribuir los anuncios artísticos? Yo bien entiendo y concibo la distribución de los anuncios concernientes á cosas materiales porque tienen una relación directa con los miembros del cuerpo; pero las cosas del espíritu y del alma cómo se clasificarían?—Fácil es la respuesta.

La cabeza del hombre destinado para los anuncios artísticos se rodería con todas las obras científicas de imaginación y filosofía; todas las artes que hablan del alma pasando por el órgano de la vista; tales como la pintura y escultura, se colocarían en los ojos; las que versasen sobre estudios de costumbres y las relativas á la música, en los oídos. Los anuncios acerca de discursos y profesores se destinarían á la boca, los de obras sobre industria y mecánica, vestirían los brazos y manos; los terribles dramas románticos se sostendrían de los cabellos herizados de la figura. El corazón quedaría libre para las poesías y novelas sentimentales; los libros devotos y demás obras ascéticas establecerían su domicilio en las rodillas; los de viajes, ocuparían los pies.

Visto cuan bien se adapta nuestro nuevo método á to-

da clase de anuncios, la facilidad que proporcionaria á todos para hallar á la mayor brevedad lo que desearan, y la variedad y, digámoslo así, la amenidad que ofrece, esperamos que lo planteará alguno de nuestros suscritores que se halle en posicion de verificarlo, en la inteligencia de que le damos amplias facultades para ello.

J. DE V.

POESIA.

Quince años.

Desplega la noche el manto:
La luna al cenit diñe
Su carro, y allá en la cima
A los eusueños preside.

Todo es silencio en el bosque:
El arroyuelo apacible
Apenas osa tocar
La flor que á su márgen vive.

El cefirillo cansado
De mecerse entre alhelies
En dulce lecho se acuesta
De azucenas y jazmines.

Hasta el mismo ruiseñor
De sus gorjeos desiste,
Porque de tanto cantar
Tambien al sueño se rinde.

Todo es reposo: el ganado
Recojido en los rediles
Sueña en el pasto, y el perro
En el lobo á quien persigue.

Todos duermen: hombres, brutos,
Peces, aves y reptiles;
Todos tienen á su modo
Mil ilusiones felices.

Solo vela una muger,
Una pastora, Amarilis;
Y sentada sobre el lecho
Suspira tal vez y gune.

Seis dias ha que no duerme,
Seis que todos la ven triste,
Seis que la habló Melibee,
Y seis que cumplió los quince.

M. A. PRINCEPE.

Juicios de Dios!

Vivia en la capital de Francia un anciano llamado Ramirez, militar honrado que habia pertenecido á las filas españolas, y que por motivos que no es del caso referir habia tenido que emigrar de su patria. Ramirez tenia una hija que todavia no contaba tres lustros, tímida como una paloma, inocente cual el pensamiento de un niño, y hermosa como la imagen que crea el poeta en medio de su entusiasmo, Isabel (así se llamaba la niña) era el apoyo del anciano y el consuelo de sus infortunios: jamás habia amado á otro hombre que á su padre, y por lo mismo le adoraba con todo su corazon; no conociendo todavia la sociedad, no habia participado de su corrupcion; no habiendo pisado los salones de los grandes, tampoco sabia abrigar en su pecho la adulacion ni la mentira.

Manteníase esta pobre y reducida familia teniendo gente de posada y con lo que Isabel podia ganar ya aplanchando la ropa de sus huéspedes, ya bordando para alguna tienda. Vivian el anciano y la jóven con alguna estrechez, pero la paz y la alegría que jamás se anublaba en sus frentes los hacia felices.

En el tiempo á que nos referimos tenian un solo huésped, un oficial llamado Isidoro, jóven, galan y de gallarda presencia, pero sobradamente desenvuelto y relajado. Facil es conocer que no le sentaria mal tener por patrona una muchacha tan linda como Isabel, y que siendo del caracter que hemos descrito trataria de galantearla desde el instante en que la vió. El padre de Isabel, por lo mismo, aunque confiaba en ella, vigilaba siempre su conducta; porque sabia muy bien que una vez perdido el honor jamás puede ya recobrase.

Un dia cuando la jóven servia á la mesa, se atrevió el huésped á dirigirle palabras de requiebro: el anciano que se hallaba en la pieza inmediata, se alarmó al oirlas; y cuando Isabel mas encarnada que una rosa salió del comedor, ya Ramirez habia tomado una determinacion decisiva: esta era constituirse de alli en adelante sirviente de su huésped.

En efecto: al dia siguiente Ramirez servia de criado á Isidoro, no sin que este mas de una vez se mofase de lo que el llamaba ridiculez. El anciano que cuando era jóven habia blándido en mil acciones su tizona, sentia renacer su orgullo bajo el insultante peso de la humillacion; pero le contenia la idea de que si llegaba á reñir con su huésped, podia tomar otra posada y marcharse sin pagarle tres meses que le debia, dejándole perdido, y sobre todo á su hija.

Isidoro afectó recatarse delante del padre de Isabel, pero cuando pasaba junto á ella cuidaba siempre de dirigirle una maliciosa mirada.

Una noche (las 12 habia anunciado el reloj de la parroquia) era tal el silencio que reinaba en la habitacion de Ramirez que parecia que todos los que en ella residian se hallaban entregados al sueño: alguno velaba sin embargo; la perfidia y la proteccion. Las 12 eran como hemos dicho cuando en medio de la quietud que presidia aquel recinto, dejóse oír de repente un ruido como de una llave que buscaba la cerraja: siguióse despues un acompasado rumor de pisadas, y luego una voz que gritaba. Quién sois!... quién sois!... ¡Padre mio!

En aquel momento una luz alumbró la estancia. Vióse al anciano Ramirez con la espada en la diestra y prendido con la otra mano al brazo de Isidoro: Isabel estaba incorporada en su lecho, medio dormida todavia, confusa y sin atinar el motivo de aquel suceso; mientras el oficial no menos sorprendido al ver frustrada su vil tentativa, se hallaba á la vez callado é inmovil como una estatua.

—¡Con que sois vos! exclamó Ramirez rompiendo el silencio con una voz aterradora. ¡Vos, hombre vil, que os habeis propasado hasta llegar al cuarto de la inocencia para sorprenderla en su sueño! Vos, que creyendo burlar la vigilancia de un padre, habeis comprado una llave, para con ella ir á arrebatarme su tesoro! ¡Oh! si creisteis que mi mano débil no seria capaz de sostener un acero os engañasteis, imbécil. Venid, jóven, venid: Dios protegerá mi brazo.—¡Atras! dijo Isidoro, sacando fuerzas de flaqueza de su misma confusion, y amartillando una pistola. De que os serviria la ayuda de Dios, si mi dedo quisiera dar ahora impulso á este gatillo?—¡Oh! matadme si sois hombre! matadme! gritó con furor el ultrajado anciano.—No.... no.... piedad! exclamó Isabel lanzándose del lecho envuelta en la ropa y arrodillándose entre los dos; no hagais tal por compasion; no me mateis á mi padre.... matadme á mi si quereis, pero dejad vivir á mi padre.—¡Hija mia! hija mia! exclamó sollozando el anciano.—No morirá, añadió con tono insultante el imprudente Isidoro: yo me avergonzaria de verter la sangre de un viejo suspicaz y malicioso. Y esto diciendo salió del aposento afectando un desden que no sentia, cuando el verdadero motivo de robarse á los ojos del anciano, era la necesidad en que se via de ocultar su turbacion y su vergüenza.

A la mañana siguiente obraba en poder de Isidoro una carta de Ramirez, provocándole á un desafio á muerte. La carta estaba concebida en tales términos que no hubo mas remedio que admitir el reto. Al salir el sol, ambos se rian en pie en lo mas retirado de un bosque, y cada uno con pistola en mano. Disparad! dijo Isidoro, á distancia de seis pasos del anciano. Disparad, ya que os ha ca-

bido la suerte de ser el primero, pero contad con que os tiembla mucho la mano y que podeis errar el tiro.—Es mi causa la de la inocencia, exclamó Ramirez posando el dedo en el gatillo, y el cielo me protegerá.—El cielo! el cielo! gritó Isidoro, despues de oir el inútil tiro de su adversario, Mejor hubierais hecho en apuntar con mas cuidado, único cielo en materia de desafíos: y esto diciendo, viose caer al anciano bañado en su sangre, sin que se le oyese otra voz que las tristes palabras de hija mia!... hija mia!...—Duerme en paz, dijo Isidoro sonriéndose. Veremos si el cielo protege ahora á tu hija.—La protegerá, gritó subidamente una voz desde el fondo del bosque.—Ernesto...! Ernesto...! ¿tu aqui? exclamó Isidoro, reconociendo al hombre que habia salido de entre los arboles.—Si: Ernesto! el hermano de la hermana ultrajada, el que te ha buscado tres años y al que no creias encontrar ahora—¿Que quieres decir? dijo Isidoro alterado.—Nada mas, contestó Ernesto, sino que mi punteria es mas certera que la de ese anciano.—Me has muerto! contestó el oficial cayendo sobre el cadáver del viejo; y la palabra cielo salió de sus labios con un acento, y un tono imposible de describir.

El ruido del segundo pistoletazo y la brusca caída del oficial sobre el cuerpo de Ramirez, despertaron á este de su letargo. Ramirez no habia muerto; y aunque su herida era peligrosa los cuidados de su hija, le restablecieron en breve.

Del matador de Isidoro nada pudo saberse: solo se dijo que el instrumento de las venganzas del cielo se habia llamado Ernesto y nada mas.

RAMON DE SATORRES.

TEATROS.

PRINCIPE. *A las cuatro de la tarde.* Se pondrá en escena la comedia tres actos titulada:

MARIDO JOVEN Y MUGER VIEJA.

Baile y Sainete.

A las siete y media de la noche. Se ejecutará una funcion variada, distribuida del modo siguiente:

- 1.º Sinfonia.
- 2.º La divertida comedia en dos actos titulada, *Dos padres para una hija.*
- 3.º Las niñas Julia y Paula, recién llegadas á esta corte, procedentes de Lisboa, donde han ejercitado con extraordinario aplauso sus juegos y equilibrios asiáticos y en el alambre en los del género de la célebre Romanini, se presentará por primera vez en este teatro á ejecutar sus lindas y difíciles suertes por el orden siguiente: *Primera parte.* Sobre el tablado; la niña Julia; el pabellon chino; la misma y su hermana Paula; las bolas de oro; la niña Paula, el equilibrio del globo luciente; una sola y ambas; los cuchillos; la niña Julia; el equilibrio luminoso; la misma; las dos palancas, suerte muy difícil y aun no vista en estos teatros. 4.º Padedú bailado por la señora Díez y el señor Casas. 5.º *Segunda parte.* Sobre el alambre flojo; la niña Julia se distinguirá con las difíciles suertes siguientes: Juego de tres y cuatro bolas; los palillos; ejercicio del fusil disparando el tiro. Terminará imitando las graciosas suertes de capear y matar al toro. 6.º Un divertido sainete.

CRUZ. *A las cuatro de la tarde.* Se ejecutará la funcion extraordinaria siguiente.

PRIMERA PARTE.

Sinfonia de la ópera Semiramide del maestro Rossini. En seguida se presentará el Indio Medra Samme, á ejecutar los juegos siguientes: 1.º El nuevo y grande ejercicio de la Pagoda chinesca: 2.º El juego de los dos bastones: 3.º El nuevo ejercicio de la Mezquita del Mogol: 4.º La Baqueta hechizada: 5.º El ejercicio de la dama:

6.º El manejo indiano de los platos.—Concluidos los juegos se cantará la introduccion de la ópera titulada Coradino.

SEGUNDA PARTE.

Sinfonia de la ópera titulada Belisario del maestro Donizetti. En seguida se volverá á presentar el indio á continuar los juegos: 1.º El cordon de Maumut: 2.º Los ejercicios de las bolas de oro: 3.º El salto del trampolino: 4.º La caza indiana de los pájaros: 5.º El molino chino: 6.º Las dos bombas del Mogol.

A las siete y media de la noche. Se ejecutará la funcion siguiente,

PARTE PRIMERA.

1.º Sinfonia característica española, últimamente escrita por don Manuel Ducassi.

2.º Introduccion en la ópera L' ESULE DI ROMA, del maestro Donizetti; por el señor Reguer y Coristas, con decoracion y trajes.

3.º Duo en la ópera OTTELO, del maestro Rossini; por los señores Unanue y Calvet, con decoracion y trajes.

4.º Cavatina en la ópera GLI ARABI NELLE GALLIE, del maestro Pacini; por la señora Lombardia, con decoracion y traje.

5.º Duo en la ópera L' ELISIR D' AMORE, del maestro Donizetti; por la señora Campos y el señor Salas con decoracion y trajes.

6.º Introduccion y Cavatina de la ópera LA SONAMBULA, del maestro Bellini; por la señora Villó y Coristas con decoracion y trajes.

PARTE SEGUNDA

1.º Sinfonia últimamente escrita por el maestro don Ramon Carnicer.

2.º Introduccion en la ópera GLI ARABI NELLE GALLIE; por el señor Reguer y Coristas, con decoraciones y trajes.

3.º Cavatina en la ópera L' ESULE DI ROMA; por el señor Unanue, con decoracion y trajes.

4.º Cavatina en la ópera ROBERTO EL DIABLO, del maestro Mayer-beer, por la señora Villó y Coristas, con decoracion y trajes.

5.º La popular y aplaudida. Tonadilla á tres, titulada LOS MAESTROS DE LA RABOSO ó EL TRIPILI; que será desempeñada por la señora Lombardia, y por los señores Salas y Calvet. En ella se cantará el duo bufo que escribió al intento el maestro Carnicer.

BUENA-VISTA. *A las cuatro de la tarde.* La acreditada comedia de nuestro antiguo teatro en cinco actos titulada.

LO QUE SON MUGERES.

Baile nacional y finalizará con el chistoso sainete *Los tres novios burlados.*

A las siete y media de la noche. El drama en tres actos del teatro antiguo español titulado,

POR OCULTAR UN DELITO COMETER OTRO MAYOR.

En seguida se presentará la señora Torres á cantar una aria de la ópera *Elisabetta*, confiada en la indulgencia del público, en cuyo obsequio se dispone á salir de la parte de verso que es la que siempre ha desempeñado y no de cantado.

Seguirán las holeras de la *Manola*, á tres: dando fin con la comedia en un acto, con el título de

EL COMPOSITOR Y LA ESTRANGERA

en la que la misma señora Torres volverá á cantar.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTRACTO.